

# Participación de niños indígenas mazahuas en la organización familiar del trabajo

Adriana Robles Valle

ISSN 1699-437X | Año 2012, Volumen 8, Número 1 (Febrero)

**Resumen:** Esta investigación trata, desde una perspectiva antropológica, de la participación de los niños en la organización social del trabajo en pueblos indígenas de una zona mazahua del México central. Enfoco mi atención en la organización familiar de las labores domésticas y agrícolas porque, estas últimas, son articuladoras de muchas otras actividades que se llevan a cabo a lo largo del año y en las que colaboran todos los integrantes de la familia. En esta forma de organizar los quehaceres cotidianos, el trabajo de los niños tiene importancia y contribuye a la vida familiar y comunitaria. Existen varios factores que los mazahuas toman en cuenta al desarrollar sus diversas labores como los económicos, los relacionados con el sentido del trabajo, con la vida colectiva, etcétera. La participación de los niños en el trabajo se encuentra plenamente integrada a la organización familiar/ comunitaria. Ellos están aprendiendo a hacer el trabajo en términos técnicos y a la vez están aprendiendo algunos sentidos sociales implicados en el mismo como la “ayuda” y la “responsabilidad”; así su trabajo es fructífero, vital y su aprendizaje perdurable.

**Palabras clave:** Trabajo - Infancia - Ayuda - Responsabilidad

**Abstract: Mazahua indigenous children and the family's organization of work:** This article explores children's participation in the social organization of work characteristic of Indigenous Mazahua communities in central Mexico. Attention is focused on the family organization of domestic and agricultural labor because it articulates so many of the other family activities engaged in throughout the year that integrate all family members. In this way of organizing everyday activities, children's work is important and contributes to family and community life. Mazahua people take into account various factors as they carry out their different work activities, such as economic considerations, those relating to the meaning associated with their work, collective life, etc. With their participation in family work activities children are fully integrated in the family/community organization. They learn to be technically proficient and at the same time learn the social significance that is implied by their “helping out” and being “responsible;” in this way their work is useful and vital, and their learning long lasting.

**Keywords:** Work - Childhood - Help - Responsibility

## Sobre la autora

Adriana Robles Valle  
Departamento de Investigaciones Educativas  
CINVESTAV  
México

Contacto:  
e-mail:roblesa@cinvestav.mx / adriana.roblesvalle@gmail.com

## Cita del artículo

Robles, A. (2012). Participación de niños indígenas mazahuas en la organización familiar del trabajo. *Papeles de Trabajo sobre Cultura, Educación y Desarrollo Humano*, 8 (1), 1-11  
[http://www.uam.es/otros/ptcedh/2012v8\\_pdf/v8n1esp.pdf](http://www.uam.es/otros/ptcedh/2012v8_pdf/v8n1esp.pdf).

## INTRODUCCIÓN

En la vida cotidiana de los pueblos indígenas de México, la colaboración de los niños es un elemento importante para el funcionamiento familiar y comunitario. Su participación se ha estudiado desde diferentes perspectivas y contextos culturales; aquí lo haré desde una perspectiva sociocultural en hogares mazahuas. La mayoría de los pueblos mazahuas del Estado de México están sometidos a una pobreza económica que, aunada a sus prácticas culturales, determina la forma de vida y la participación diferenciada de todos los miembros de la familia en los quehaceres diarios. Con este artículo pretendo re-conocer la naturaleza y la ubicuidad de las actividades que desempeñan los niños, su manera de aprenderlas, la destreza que van adquiriendo respecto a ellas y cómo su trabajo se integra al de sus parientes. Las actividades a las que se dedican las personas en las comunidades observadas son una combinación de trabajo tradicional con asalariado. Para el propósito de este artículo me enfocaré en el tradicional, el cual se refiere a las actividades necesarias para el autoconsumo y bienestar familiar, así como el de cualquier miembro de la familia –sin importar su edad y sin paga–, como sucede con el trabajo agrícola y doméstico.

## METODOLOGÍA

Con una mirada antropológica, realicé trabajo de campo etnográfico en pueblos mazahuas que se encuentran en dos municipios del Estado de México, a 120 kilómetros del Distrito Federal. En varios periodos, durante los años 2002 a 2004, observé la vida ordinaria de los mazahuas. Con los niños, adultos y viejos, establecí relaciones de confianza mediante reiteradas visitas. La información utilizada en este artículo proviene, principalmente, de dos pueblos mazahuas, uno de mil 800 habitantes y otro de tres mil 500. Estos pueblos se caracterizan por una organización arquitectónica dispersa sin centro administrativo; tienen como construcciones principales sendas capillas pequeñas y escuelas, y se localizan a tres y a cinco kilómetros –respectivamente– de la cabecera municipal.

Registré las actividades de los miembros de cada familia, pero sobre todo las de niñas y niños en la milpa, en su casa y fuera de ella, a diferentes horas del día. También obtuve datos de las conversaciones informales que sostenía con las personas mientras realizaban sus actividades; versaban sobre las implicaciones de las tareas en términos temporales, técnicos, rituales, etcétera. Solía continuar algunas entrevistas informales pero de mayor profundidad (entrevistas semiestructuradas) en otro día para ir afinando mi comprensión de lo que las personas decían y hacían en torno a la participación de los niños en las tareas familiares.

Con los apuntes de lo que observaba, las entrevistas videograbadas y las notas de campo, analicé, por ejemplo, las trayectorias laborales de niños y adultos de ambos sexos; asimismo, elaboré conteos de sus actividades, sus horarios, etcétera. Durante el análisis fui refinando las referencias recurrentes sobre la manera en que los niños aprenden o son entrenados mientras ayudan. Tanto los adultos como los niños confían en que, a largo plazo, la constancia en la tarea resulta suficiente para adquirir la habilidad y la responsabilidad que la misma implica.

La investigación de corte interpretativo está centrada en el significado que las personas dan a sus actos en un contexto determinado, es decir, el “humano de la vida social” (Erickson 1989, p. 196); por ello, observar, escuchar, comprender, analizar y reflexionar fueron estrategias para entender el papel de los niños mazahuas en la organización familiar del trabajo. Los datos etnográficos y las entrevistas utilizadas para este escrito son parte de una investigación más amplia que hice sobre la relación entre educación y trabajo (véase Robles, 2004).

El trabajo de los niños se ha abordado desde distintas perspectivas (véase el recorrido histórico de autores como Leyra, 2009; Liebel, 2003; Rausky, 2009, y Sosenski, 2010). La predominante, con una postura abolicionista, documenta la explotación del trabajo infantil en diferentes partes del mundo. La perspectiva sociocultural permite analizar la participación de las personas dentro de sus relaciones sociales habituales y subraya los valores culturales que las sostienen; del mismo modo, enfoca el aprendizaje como un proceso que sucede cuando la gente se relaciona –de manera individual y colectiva– en una organización social determinada; considera, asimismo, que la organización social se reconfigura permanentemente, además de que contempla las contradicciones y complejidades inherentes a las relaciones sociales en la vida cotidiana (véase Rogoff, 1993; Paradise, 1994; Gaskins, 1999; Lave, 2001; Lave y Wenger, 2003; Good, 2005).

Aquí me centro, pues, en la perspectiva sociocultural, que analiza la participación de los niños en el trabajo de sus propias comunidades, sobre todo porque considera las condiciones en las que aprenden bajo los supuestos específicos de cada cultura, donde “[...] la participación en la vida cotidiana puede ser concebida como un proceso de cambiante comprensión en la práctica, es decir, como aprendizaje” (Lave, 2001, p. 18).

## NIÑOS CON SUS FAMILIARES EN LOS PUEBLOS

Los mazahuas se organizan por grupos domésticos. La mujer suele ir a vivir a la casa del varón para formar una nueva pareja; esta se incorpora a una familia extensa, la cual se va transformando por las separaciones y nuevas uniones de las parejas, por la aceptación de personas ajenas a la familia, por viudez, etcétera. Entre los mazahuas, los niños son deseados, estimados y respetados; su presencia es constante en la vida colectiva, y se espera que ellos participen en las actividades familiares y comunitarias. Aunque en general cada pareja o madre soltera se encarga de la crianza de los hijos, en una familia extensa los hijos de todos los hermanos (jóvenes adultos) crecen juntos. Cualquier pariente adulto trata con el mismo cuidado a todos los niños de la familia extensa; puede guiar su comportamiento, solicitarles que realicen alguna actividad o asignarles algún encargo. Para Good “el trabajo físico que recibe el niño (todos los cuidados en la crianza) es una transmisión de fuerza que, a su vez, lo ubica y lo compromete dentro de una red de reciprocidad social [...] En el sentido amplio, *huapahua* significa transformar al niño en una persona social de acuerdo con los valores culturales propios” (2005, p. 288).

Efectivamente, desde que los niños mazahuas nacen son parte de una red familiar que adquiere compromisos con la comunidad, razón por la cual los adultos esperan que los niños participen como lo hicieron ellos en su momento. Aguirre Beltrán explica así “el derecho de membrecía”, que convierte al niño en un miembro pleno de su comunidad:

Por el mero accidente del nacimiento dentro de un grupo particular, el miembro de remplazo tiene derecho a los beneficios de la cultura específica de ese grupo en toda su plenitud, sin más limitaciones que las impuestas por los roles que habrá que desempeñar. En virtud de ese derecho de nacimiento o carta de naturaleza, el niño recibe la educación que lo convierte en un miembro acabado de su comunidad y ésta se obliga a proporcionarle un status en su estructura y un lugar en la locación de los recursos, es decir, el derecho de membrecía o carta de ciudadanía (1973: 15).

En los pueblos mazahuas encontramos niños que viven solo con su madre o con ambos padres o con sus abuelos o con sus padrinos o con parientes adoptivos (a los hijos de crianza se los llama “entendados”, y aunque aparentemente estos trabajan más que los demás, no son los sujetos de este escrito). Hay niños que viven solo con su padre cuando migran, pero no contamos con datos que refieran esta situación mientras están en el pueblo (Ruth Paradise, conversación personal, marzo 2011). En este artículo hablaré de los niños que viven en el pueblo con sus “familiares de sangre”, como ellos los llaman, y que asisten a la escuela.

## EL TRABAJO TRADICIONAL: ACOPLAMIENTO ENTRE GENERACIONES

Las actividades en las que participan los niños permitirán dimensionar su lugar, su papel y su importancia en la vida familiar. Enfocaré, principalmente, la organización social del trabajo familiar en torno a las actividades domésticas y las labores agrícolas porque, sobre todo estas últimas, son articuladoras de muchas otras en el contexto local, como se verá más adelante.

Por ahora, basta decir que el trabajo tradicional en las comunidades mazahuas es considerado como parte de las relaciones sociales y de parentesco, pues se realiza para el bien común y favorece tanto los vínculos familiares como sociales. Para Villoro “el trabajo colectivo en el campo exige cooperación, igualdad entre todos, ayuda mutua” (p. 31). Entre los mazahuas tiene una doble caracterización: por una parte, está enraizado en los sucesos socialmente valorados, y por otra, permite llevar a cabo el trabajo de tipo industrial que se realiza temporalmente y por el cual suelen migrar los adultos jóvenes. El trabajo tradicional requiere, entonces, de la participación de todos los miembros de la familia porque los beneficia en diferentes momentos y circunstancias. Por ejemplo, un hijo migrante puede regresar “al pueblo” –con su familia extensa– cuando se queda sin trabajo en la ciudad; lo mismo sucede con una hija que se separa de su pareja. Así, el trabajo tradicional les da

seguridad y confianza en que cuentan con el trabajo de la red familiar. De hecho, regresar al pueblo implica participar nuevamente en la organización familiar del trabajo, lo cual implica –a su vez– acoplar las labores de todos los miembros (Los lazos entre las personas de la familia extensa suelen ser fuertes y flexibles a lo largo de la vida; sin embargo, se puede dejar de pertenecer a ella por diversos motivos que no mencionaré porque no conciernen al objeto de este estudio).

En diversos pueblos de Mesoamérica, varios autores han reconocido el modelo de ejes culturales desarrollado por Good (2005), aquí también lo hago porque enfatiza la importancia del trabajo al argumentar que:

[...] la formación de las relaciones sociales surge de la circulación del trabajo o *tequitl*, por el flujo de la fuerza o *chicahualiztli* y por medio de la reciprocidad entendida como la acción de amar y/o respetar [...] En resumen, el *tequitl* es un concepto amplio que los nahuas extienden a todo uso de la energía humana –física, espiritual y emocional– para llevar a cabo un propósito específico (pp. 276-277).

### OCUPACIONES DE LOS NIÑOS

En los pueblos observados, los niños realizan diversas actividades dentro y fuera de su casa; pueden asistir, o no, a la escuela, pero lo cierto es que los quehaceres familiares son parte de sus rutinas diarias. Desde pequeños apoyan a los adultos en tareas sencillas como acercar algún instrumento a las personas que están trabajando en los surcos de la milpa. Dependerá de su fuerza y de su habilidad en el trabajo para que se les asignen otras actividades.

A cualquier hora del día, es frecuente ver a los niños en el pueblo –acompañados o solos– llevando a pastar a los animales, haciendo mandados en las tiendas cercanas, llevando y trayendo recados, acarreado agua (tarea común entre los niños pequeños y grandes) de las escasas tomas que hay en el pueblo, transportando cargas (leña, zacate, maíz o productos comerciales) a diferentes lugares –sobre todo en el mercado de la cabecera municipal–, etcétera. En la casa, niñas y niños pueden barrer el piso, desgranar maíz y llevarlo al molino, o lavar trastes; las niñas, en particular, pueden tender la ropa que su madre ha lavado, preparar sopa o hacer tortillas. Es común que los hermanos más grandes cuiden a los pequeños: les calientan leche, los cargan, les cambian la ropa... Jugar y hacer la tarea escolar también son parte de las actividades frecuentes de los niños.



Figura 1: Niñas mazahuas tendiendo ropa que su madre lavó

Gaskins (1999) menciona ocupaciones similares de los niños indígenas mayas en el sureste de México, donde encuentra una clara diferencia de actividades por género. Entre los mazahuas, esta diferencia está presente; sin embargo, hay también una gran flexibilidad y se puede observar que, indistintamente, niñas o niños hagan cualquier tarea si las circunstancias lo requieren.



**Figura 2: Madre e hija mazahuas transportando varas en Santa Ana Nichi**

El trabajo agrícola ha sido valorado entre los mazahuas durante generaciones, pues les ha permitido subsistir. Por ello, es necesario mencionar –aunque sea brevemente– su estrategia de articulación laboral, para dimensionar la importancia de que los niños aprendan a trabajar la tierra. En términos culturales, que no económicos, la agricultura es la actividad más importante entre los mazahuas, como ha sido durante cientos de años. Pero ellos saben que no pueden vivir solo del trabajo de la tierra: por el tamaño actual de las parcelas, el desgaste del suelo y el precio del maíz, la cosecha ya no es suficiente para el sustento de una familia. Dadas estas circunstancias en estos pueblos mazahuas se combina, desde hace cuarenta años o más, el trabajo agrícola con la oferta laboral asalariada de la región, como lo represento en el mandala de la Figura 3. Así, el conjunto de esas otras actividades también llega a formar parte de su experiencia laboral histórica. Lo que saben hacer es parte de sus fondos de conocimiento, entendidos como aquellos saberes, habilidades y destrezas en que la gente es competente por sus experiencias cotidianas, por “los quehaceres de la vida” (González, Moll y Amanti, 2005, p. xi). Los fondos de conocimiento, relacionados con el trabajo, son un recurso estratégico y cultural de los hogares, por lo cual hay que considerarlos como el marco de un proceso social en un contexto amplio, histórico, político e ideológico.

Con el paso de los años, la variedad de actividades laborales de los mazahuas por las que ganan dinero no ha mermado la importancia articuladora del trabajo agrícola; todas estas forman parte de su cosmovisión, donde los elementos económicos, técnicos y culturales se entrelazan. El trabajo agrícola de una familia mazahua tiene un amplio radio de acción; sus tierras pueden estar repartidas en varias parcelas en diferentes partes de la comunidad. Este es el caso de la familia Peñalosa, la cual –a pesar de no contar con abundantes recursos económicos– contaba con cinco terrenos que tras el reparto ejidal quedaron dispersados. La vida cotidiana de una familia en estas condiciones es complicada, ya que es necesario trabajar los terrenos para no perderlos, según las costumbres ejidales locales, que se apegan casi literalmente al famoso aserto del caudillo revolucionario Emiliano Zapata: “La tierra es de quien la trabaja”.

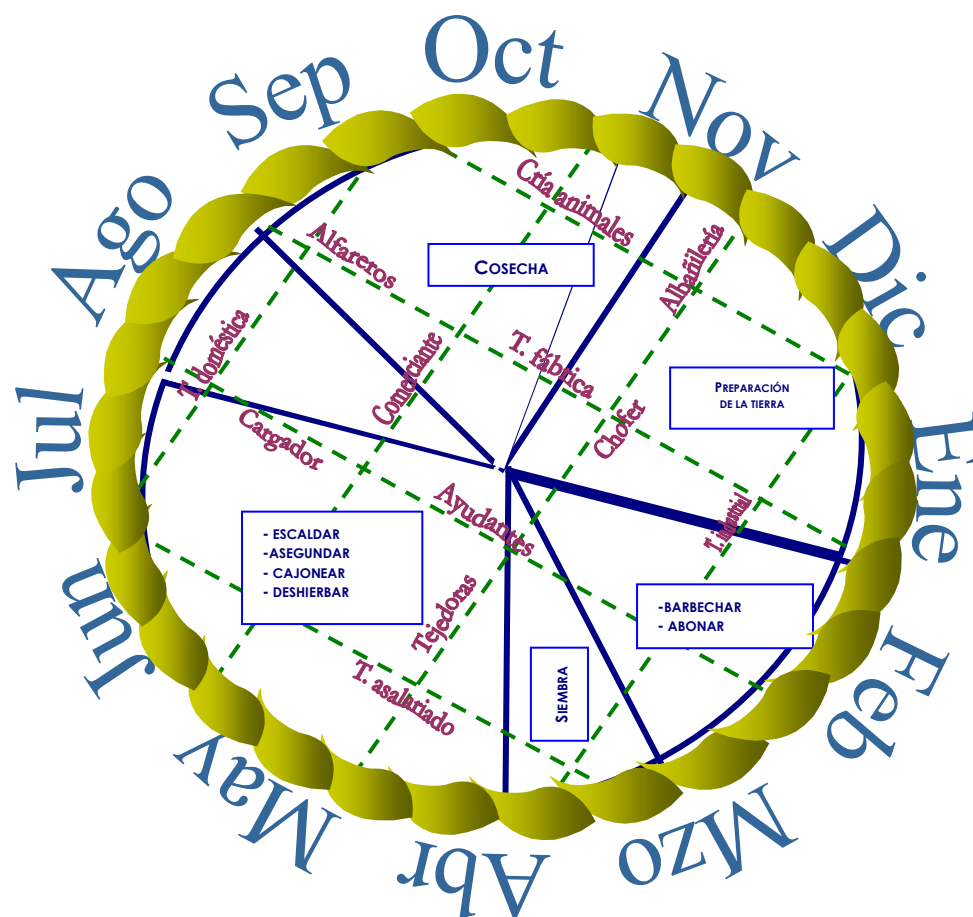


Figura 3: Mandala de la fusión del trabajo tradicional agrícola y el asalariado

Los niños que los mazahuas llaman “grandes” (10 a 12 años), además de que realizan tareas de manera autónoma, alejados de sus padres (Paradise, 1994), colaboran en el cuidado de la milpa a lo largo del año. Pueden preparar la tierra, segundear (ponerle tierra a las raíces que se van destapando), deshierbar, cosechar, hacer mogotes (juntar por montones, en forma piramidal, las plantas secas de maíz que servirán como alimento para los animales), etcétera. Realizar actividades que se requieran en cierto momento y que se suman a las de otros es un asunto importante en términos temporales porque los niños aprenden oportunamente aspectos específicos del trabajo agrícola, ni antes ni después. Esto tiene que ver con el “saber-hacer” de comunidades indígenas nahuas que Chamoux (1992) ha documentado, donde no solo se considera importante el conjunto de herramientas, materiales, etcétera, sino los movimientos y conocimientos desarrollados en encadenamientos ejecutables culturalmente aprendidos.

[El saber-hacer] es el conjunto de conocimientos y saberes humanos que permiten, a la vez, el funcionamiento del binomio herramienta-materia prima, el desarrollo de las secuencias operativas y la obtención de un resultado cercano a lo deseado [...] Se trata de saber-hacer igualmente inseparable de los procesos históricos y de las relaciones sociales, y quizás esto constituye su carácter fundamental (p. 116).

Las actividades de los niños, además de no ser fijas, varían de acuerdo con la necesidad del momento, bajo una lógica cultural en sincronía con el ciclo agrícola.

### AYUDA Y RESPONSABILIDAD

Los mazahuas emplean el término “trabajo” para hablar de diversas actividades, pero constantemente lo usan para referirse tanto a la actividad de cualquier adulto como a la de un niño grande, el cual se encarga de

realizarla por completo. En cambio, a las actividades de los niños pequeños no las llaman “trabajo”, sino “las cosas que ellos hacen” o “las cosas en las que ayudan” o, simplemente, “ayuda”. Así, en este contexto indígena, la diferencia entre ayuda y trabajo entre los niños va en función del incremento de su participación en actividades de ejecución experta.

Cualquier miembro de la familia trabaja las parcelas; adultos, viejos y niños conviven durante horas en las tareas agrícolas requeridas. Los adultos jóvenes –hombres o mujeres– lo harán dependiendo de su situación laboral fuera del pueblo, del momento del ciclo agrícola y de los compromisos sociales que adquieran, la mayoría de los cuales son de tipo ritual. “A trabajar la milpa se aprende de niño, estando en ella”, así lo dice un viejo mazahua respetado en el pueblo. Forma parte de su socialización desde pequeños. Los niños observan las actividades agrícolas desde que la madre los carga en la espalda con su rebozo. Ellos aprenden a trabajar la tierra como parte de sus actividades diarias; crecen en la milpa jugando y trabajando.

Casi a cualquier hora del día, los mazahuas pueden trabajar la milpa. Regularmente, empiezan a las seis u ocho de la mañana. Adultos y niños lo hacen en el terreno contiguo a sus casas o en aquellos que tienen en los alrededores de la comunidad, a los que llegan caminando. Los niños acompañan a sus familiares, y en el acompañar al otro está implícito ayudar. Es una forma de participar en lo que el otro hace, como secundándolo; es involucrarse en una tarea común sin quitarle su lugar, solo apoyándolo para que realice sus actividades. Como parte de la cultura agrícola, los mazahuas utilizan toda la planta del maíz. Los niños ayudan a desgranarlo al mismo tiempo que aprenden a seleccionarlo para diferentes usos: el que servirá en la siguiente cosecha, el que comerán los animales, el que se utilizará para preparar alimentos, como tortillas, tamales, chilatole, gorditas, atoles, etcétera. Así, al no desperdiciar nada de la planta, los niños adquieren diversos conocimientos a partir de la tarea principal (véase Cardoso, 2008).

Para los mazahuas –como he mencionado– las actividades familiares se requieren en varios espacios. Por ejemplo: si una abuela necesita leña para cocinar, y vive en la orilla del pueblo, los niños se la llevan después de haberla juntado. Por similares razones, los niños recorren ciertos trayectos del poblado varias veces al día, y es común verlos andar sin prisa. Conforme pasan las horas, los adultos –principalmente sus madres– les hacen encargos de acuerdo con las necesidades de la vida en la familia. Los niños cumplen de manera satisfactoria casi siempre, y van resolviendo problemas que enfrentan al realizar las actividades cotidianas. Por ejemplo: consiguen la leña aunque sea lejos de la comunidad.

Generalmente, el aseo de los corrales queda a cargo de los niños grandes en aquellas familias que tienen dinero para comprar animales, como gallinas, cerdos, guajolotes, burros, caballos, etcétera. Realizar esta tarea puede llevarles cuatro horas cada tercer día o, a veces, diario. Por lo regular, limpiar los corrales requiere del trabajo de dos niños varones; implica barrer el estiércol, acomodarlo en recipientes, trasladarlo a diferentes lugares; limpiar o secar a los animales, cambiarles el agua, etcétera. Llevan a pastar a sus rebaños a los alrededores de la comunidad durante más de dos horas; a su regreso, tienen que amarrar a cada uno de los borregos cerca de la casa para que sigan pastando si es posible. El aseo de los corrales es una tarea minuciosa; hay niños que la realizan con mucha destreza, y se observa que están altamente habituados a ella. Es una contribución para la familia porque implica un arduo trabajo físico. Al hacerla, los niños dan muestra de una participación experta en las actividades familiares, además de que pueden responsabilizarse de las mismas porque llegan a tener la habilidad y el conocimiento para responder por su labor. Para Aguirre Beltrán (1973, p. 27) “en la comunidad indígena [...] la edad en la que los miembros de remplazo alcanzan la madurez es asombrosamente temprana, apenas cumplida la pubertad [...]”.





**Figura 4: Niño mazahua limpiando el corral**

Los adultos mazahuas se refieren a la ayuda de los niños como un desempeño previo a la adquisición de la responsabilidad de un trabajo. Ayudar es parte de la iniciación al mismo, y es la manera de ir entrenándose en él. Los niños mazahuas reconocen como un trabajo verdadero la actividad hecha por una persona más experimentada, sea niño grande o adulto. Cuando los pequeños prestan apoyo, suelen minimizar su participación diciendo que “solo” hicieron una parte de la actividad. La figura del “experto” que algunos autores manejan sirve para entender cómo este pone el trabajo en manos del aprendiz gradualmente, ya que “participa de manera activa en compañía de otros miembros de su comunidad, en la adquisición de destrezas y formas de conocimiento socioculturalmente valoradas” (Rogoff, 1993).

Aprender ayudando es lo que puede llamarse “un aprendizaje en uso”, en el sentido de que es pertinente en el momento en que sucede. Por ello, las coordenadas espaciotemporales son parte de este aprendizaje, porque van indicando la sucesión de la tarea. Esto implica “[...] un énfasis en el entendimiento comprensivo que involucró a la persona como totalidad, en actividad en y con el mundo; y en ver que agente, actividad y mundo se constituyen mutuamente” (Lave y Wenger, 2003, p. 6).

Los niños no suelen cuestionar las tareas; sin embargo, se ha observado que, a veces, se niegan de manera tácita a realizarlas: no confrontan verbalmente a los adultos, simplemente las retrasan. En estos casos, un adulto –tranquilamente– les recuerda que dejaron una actividad pendiente. Ahora bien, si no las realizan de manera cabal, los adultos no los obligan a rectificarlas; les basta con que hayan cumplido porque se entiende que están aprendiendo. Con esto, constatamos que entre los mazahuas está presente la premisa de Aguirre Beltrán con respecto a las poblaciones indígenas mexicanas en general: “La educación, según se advierte, está fundada en el aprendizaje más que en la enseñanza” (1973, p. 19).

Algunos autores han documentado que existen significados diversos para el concepto de trabajo en pueblos indígenas de México. Lenkersdorf (2004) menciona que entre los tojolabales hay dos maneras distintas de llamarlo; una se refiere al trabajo por la vida “‘a’tel”, y la otra, al trabajo por dinero o “trabajo asalariado”, el cual se hace a destajo, bajo la vigilancia de un supervisor.

El concepto tojolabal ‘a’tel se refiere a los trabajos en la milpa y otros trabajos en y a favor de las comunidades. Por ejemplo, el ‘a’tel lo realiza la persona que participa en el comité de educación, que pastorea los borregos, que participa en la construcción del potrero, que ejecuta la responsabilidad de comisariado, etc. no se recibe salario alguno, sino que se hace por y para la vida comunal e individual [...] (p. 203).



En una comunidad de Tlaxcala, Ramírez (2005) documenta la diferenciación que hacen los niños nahuas entre “trabajo” y “ayuda”, además menciona que todos los niños de entre tres y 17 años participan en las tareas de sus hogares. Solo se refieren a “trabajo” cuando implica que las personas sean contratadas con un horario y bajo las órdenes de un jefe. Y es “ayuda” cuando hacen labores “para el bien familiar”.

Como se puede apreciar, entre los mazahuas el término “ayuda” tiene un significado distinto al que le dan los nahuas, porque se refiere a la ejecución de una actividad sencilla o de una parte de ella. La diferenciación que hacen los tojolabales y los nahuas entre trabajar para la vida y trabajar por dinero también está presente entre los mazahuas: con este último concepto se refieren a actividades como la albañilería, el comercio, la alfarería, etcétera. El trabajo para el bien común, o trabajo familiar, nos habla de un principio organizativo social que opera bajo una lógica cultural donde la vida colectiva tiene una importancia vital. Los mazahuas esperan que los niños participen gradualmente en las actividades familiares y de la comunidad dependiendo de su edad, su fuerza y su habilidad para realizarlas. Sin el trabajo de los niños, las familias enfrentarían problemas de operación –sobre todo sin el de los niños grandes–, pues todas sus actividades enriquecen su economía además de ser un entrenamiento.

El trabajo de los niños en estas comunidades indígenas ha sido constante a lo largo de generaciones. Los padres mencionaron que cuando eran chicos también colaboraban en las actividades familiares necesarias en aquel entonces. Algunas de ellas siguen siendo vigentes –como el pastoreo y ciertos procesos de la agricultura–, y otras se han transformado por el uso de fertilizantes y maquinaria.

Por último, cabe subrayar la fuerza del aprendizaje socialmente arraigado en el que crecen los niños mazahuas: su participación cotidiana en las actividades familiares bastará para que aprendan, de por vida, a hacer el trabajo agrícola y doméstico. El énfasis está puesto en la vivencia directa de un “aprendizaje de primera mano”, donde las instrucciones verbales no suelen tener un peso definitivo: solo son un elemento más del proceso de aprendizaje junto con otras formas de comunicación que son parte de cada contexto y que dependen de cada actividad (Paradise y Rogoff, 2009). Los adultos suelen evocar el trabajo agrícola como el que aprendieron sin muchos esfuerzos a través de la observación (Paradise y Rogoff, 2009; Gaskins y Paradise, 2010).

Realizar las actividades dentro de las relaciones sociales habituales, participar en lo que los demás hacen –en un espacio y tiempo precisos– son parte de las condiciones en las cuales los niños mazahuas aprenden mientras realizan el trabajo doméstico, el agrícola, el del cuidado de animales, etcétera. Esto es lo que Lave y Wenger definen como “aprendizaje situado”, ya que se trata de “[...] la manera de involucrarse en un patrón común y estructurado de experiencias de aprendizaje sin ser enseñados, examinados o reducidos a copiadorec mecánicos de tareas cotidianas [...]” (2003, p. 3). Aprender a través de la participación social en curso tiene que ver, también, con la propuesta que Rogoff (2010) ha desarrollado en un modelo que estudia el fenómeno del “aprendizaje a través de la participación intensa en comunidades”, donde están en juego varias facetas íntimamente relacionadas. Es un aprendizaje vinculado con los medios para adquirirlo: la organización social, la comunicación, la evaluación y el propósito implícito del propio aprendizaje. Es un modelo dinámico que permite iluminar, desde diferentes perspectivas disciplinares, las facetas del aprendizaje por participación intensa en comunidades (<http://www.intentcommunityparticipation.com/intent-community-participation-facets>). De acuerdo con el modelo de Rogoff, se advierte que esta experiencia de aprendizaje es “intensa” en el sentido de ser continua y a largo plazo, de formar parte de la vida familiar –a su vez, integrada en la vida comunitaria– y de ser una experiencia abarcadora y envolvente en relación con la vida de todas las personas del pueblo. En otras palabras, es una experiencia de aprendizaje intensa, fundamentalmente, porque forma parte de las relaciones sociales que son el contexto mismo, como refiere McDermott: “[...] el contexto no es tanto dentro de lo cual lo colocan a uno sino un orden de comportamientos del que uno forma parte” (2001, p. 315).

## COMENTARIOS FINALES

Una perspectiva sociocultural sobre el trabajo de los niños mazahuas permite apreciar, con una mirada holística, las relaciones entre trabajo, aprendizaje y vida colectiva. El papel social de los niños mazahuas está ligado a su participación en la organización del trabajo familiar y comunitario. Su contribución se refiere al valor de uso que tiene su trabajo día a día. En la vida familiar-comunitaria de los mazahuas prevalece, aunque no sin dificultades, un aprendizaje en el cual no hay prisa ni presión ni castigos, ni premios por aprender. Al colaborar en las

actividades domésticas y agrícolas, entre otras, los niños aprenden a ejecutarlas y, a la vez, a participar en la vida social. Ser niño en estos pueblos es ser un miembro pleno de la familia. Aprender así les da una base social como trabajadores y miembros de la familia.

Esta forma de organizar el trabajo familiar es una costumbre arraigada entre muchos pueblos mesoamericanos donde los compromisos de parentesco son centrales. Considero, entonces, que la participación de los niños en la organización social del trabajo se funda en la cosmovisión de estos pueblos mazahuas; es un recurso cultural y articulador de la vida social que permite su continuidad. La colaboración de los niños mazahuas en la organización familiar-comunitaria es parte de su concepción del trabajo, y todos los miembros de la familia participan de acuerdo con sus posibilidades. Tal vez sea lo de menos cómo se nombre la participación de los niños, a veces como “ayuda”, a veces como “trabajo” o de otra manera. Lo que aquí importa es reconocer su participación plenamente; patentizar que lo que hacen contribuye al bienestar de la familia y de la comunidad y que trabajar de manera acoplada entre generaciones es esencial para la vida social en estos pueblos indígenas mazahuas.

### Agradecimientos

Para la redacción final de este artículo agradezco el apoyo de la National Science Foundation que fue posible mediante el proyecto de Barbara Rogoff, Aprendizaje a través de la participación intensa en comunidades. Agradezco, también, a Ruth Malpas Paradise Loring y a Juan Carlos García Palmeros por su apoyo siempre generoso.

### BIBLIOGRAFÍA

Aguirre, G. (1973). *Teoría y práctica de la educación indígena*. México DF: Sep-Setentas.

Chamoux, M. (1992). *Trabajo, técnicas y aprendizaje en el México indígena*. México DF: CIESAS/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.

Cardoso, R. (2008). *Wejën-Kajën (Brotar-Despertar): Noción mixte de educación*. Tesis de maestría no publicada, Departamento de Investigaciones Educativas, CINVESTAV, México.

Erickson, F. (1989). *Métodos cualitativos de investigación sobre la enseñanza*. En M. Wittrock (ed.), *La investigación de la enseñanza II* (pp. 195-301). Madrid: Paidós.

Gaskins, S. (1999). Children's daily lives in a Mayan Village: A case study of culturally constructed roles and activities. En A. Goncu (ed.), *Children's engagement in the world* (pp. 25-61). Cambridge: Cambridge University Press.

Gaskins, S y R, Paradise. (2010). Learning through observation in daily Life. En D. Lancy, J. Bock y S. Gaskins, (eds.), *The anthropology of learning in childhood* (pp. 89-95). Alta Mira Press.

González, N; Moll, L. y Amanti, C (2005). *Funds of knowledge: Theorizing practices in households, communities, and classrooms*. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.

Good, C. (2005). Trabajando juntos como uno: Conceptos nahuas del grupo doméstico y de la persona. En D. Robichaux (comp.), *Familia y parentesco en México y Mesoamérica: Unas miradas antropológicas*. México DF: Universidad Iberoamericana-ENHA.

Lave, J. (2001). La práctica del aprendizaje. En Chaiklin, S. y Lave, J. (comp.), *Estudiar las prácticas. Perspectivas sobre actividad y contexto* (pp. 15-45). Argentina: Amorrortu Editores.

Lave, J. y .E. Wenger. (2003). *Aprendizaje situado: Participación periférica legítima*. México DF: Ediciones Universidad Nacional Autónoma de México.

Lenkersdorf, C. (2004). *Conceptos tojolabales de filosofía y del altermundo*. México DF: Plaza y Valdéz Editores.

Leyra, B. (2011). Aproximaciones antropológicas a la infancia trabajadora: Deconstruyendo los mitos y analizando los vacíos de una compleja relación. En Jociles, M. A. Franzé y D. Poveda (coords.), *Etnografías de la infancia y la adolescencia* (pp. 37-60). Madrid: Los libros de la Catarata.

Liebel, M. (2003). *Infancia y trabajo: para una mejor comprensión de los niños y niñas trabajadores de diferentes culturas y continentes*. Lima: Instituto de Formación para Educadores de Jóvenes, Adolescentes y Niños Trabajadores de América Latina y el Caribe / Mons Germán Schmitz.

McDermott, R. (2001). La adquisición de un niño por una discapacidad de aprendizaje. En Chaiklin, S. y Lave, J. (comps.), *Estudiar las prácticas: Perspectivas sobre actividad y contexto* (pp. 291-330). Argentina: Amorrortu Editores.

Paradise, R. (1994). The autonomous behavior of indigenous students in classroom activities. En A. Álvarez y P. del Rio (eds), *Education as cultural construction: Explorations in socio-cultural studies 4* (pp. 89-95). Madrid: Fundación Infancia y Aprendizaje.

Paradise, R. y Rogoff, B (2009). Side by side: Learning by observing and pitching in. *Ethos*, 37 (1), 102-138.

Ramírez, M. (2005). Helping at home: The concept of childhood and work among the Nahuas of Tlaxcala, Mexico. Manuscrito no publicado.

Rausky, M. (2009). ¿Infancia sin trabajo o infancia trabajadora? Perspectivas sobre el trabajo infantil. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 2 (7), 681-706.

Robles, A. (2004). *Educación y trabajo. Estudiantes Mazahuas y no Mazahuas en el municipio de Ixtlahuaca*. Tesis Doctorado no publicada, Departamento de Antropología Social, Universidad Iberoamericana, México.

Rogoff, B. (1993). *Aprendices del pensamiento*. Barcelona: Paidós.

Sosenski, S. (2010). *Niños en acción. El trabajo infantil en la ciudad de México, 1920 - 1934*. México DF: Centro de Estudios Históricos / El Colegio de México.

Villoro, L. (2001). *De la libertad a la comunidad*. México DF: Fondo de Cultura Económica.